

## GAOS Y JOSÉ ORTEGA Y GASSET

En el mundo de la filosofía actual se da por consabido, y, además, por sabido en tanto que verificado, que José Gaos fue uno de los discípulos más próximos de José Ortega y Gasset. Este aserto se funda no sólo en un sinnúmero de comentarios por terceras personas, sino también en leales declaraciones explícitas del mismo Gaos. Entre ellas,<sup>1</sup> una de las más expresivas dice a la letra: "Don José Ortega y Gasset ha sido el principal de mis maestros... He seguido siempre reconociéndome como su discípulo, en los mismos términos en que creí deber hacerlo en una de mis primeras publicaciones de México, y que son éstos: 'precisar en todos los puntos hasta dónde lo que pienso es mera reproducción de esta filosofía —la de Ortega—, o prolongación, reacción, ocurrencia mía, fuera interesante en una doble dirección inversa: reconocerle lo suyo y no achacarle lo que él no querría aceptar. Pero tal puntualización me es imposible. Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido el oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones, en las que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales inéditos. Así, ya no sé si tal idea que pienso, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte o después de la convivencia con él. Alguna vez me ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen'. Es más. Durante los años mentados en el pasaje que acabo de recordar, me tuve por su discípulo más cercano, devoto y fiel, creyendo poder pensar que por tal discípulo me tenía él mismo. Más tarde fui reemplazado legítimamente en tal condición por alguno de los discípulos de Ortega de la generación siguiente a la mía. Pero este reemplazo no es, a buen seguro, bastante para hacer que lo que fue no haya sido."

Cuando leí esas líneas de Gaos encontré en ellas una especie de resonancia o de reflejo de experiencias propias, por las que yo pasé en varias ocasiones, por ejemplo, cuando yo presentaba, en 1945, la segunda versión revisada de la teoría sobre las objetivaciones de la vida humana, y, entre ellas, la teoría de los modos colectivos de conducta. Entonces escribí:<sup>2</sup> "como lo he manifestado en numerosas ocasiones (véase la edición anterior de estos

<sup>1</sup> José Gaos, *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América Española*, México, Imprenta Universitaria, 1957, pp. 99 s.

<sup>2</sup> Luis Recaséns Siches, "Prolegómenos para la definición del Derecho: sus supuestos metafísicos", en la obra *Filosofía del Derecho* por Giorgio Del Vecchio (trad. de la 4ª ed. italiana) y *Estudios de Filosofía del Derecho* por Luis Recaséns Siches (3ª ed. reelaborada y muy aumentada), U.T.E.H.A., México, 1946, tomo I, pp. 165 s.

*Estudios de filosofía del derecho*, Barcelona, 1936; *Vida humana, sociedad y derecho*, México, 1939 —tercera edición, 1952—) debo en parte muy principal a José Ortega y Gasset la inspiración básica para esta teoría, así como para el concepto de lo colectivo... , aunque después he procedido ya por propia cuenta su prolongación y su reelaboración, hasta el punto de que me resultaría muy difícil determinar con exacta precisión dónde acaba el pensamiento de aquél y dónde comienza el mío. Esto es así, por los largos años de contacto espiritual, de intercambio y de colaboración con el gran filósofo José Ortega y Gasset... De éste recibí luminosas orientaciones para esos temas... Después, por mi propia cuenta y bajo mi exclusiva responsabilidad, he seguido reelaborando estos estudios... Puedo asegurar que en este pensamiento hay mucho a lo que he llegado en virtud de faenas propias... ; pero reconozco gustoso que recibí la base inicial —que tiene máxima importancia— de José Ortega y Gasset.”

Por otra parte, es patente para quienes han seguido de cerca los desarrollos del pensamiento filosófico en lengua española, que, entre el sinnúmero de los discípulos de Ortega, allende y aquende del Atlántico, los que estuvimos en un contacto espiritual más íntimo con el gran maestro fuimos: Manuel García Morente, su entrañable compañero de generación y fiel colaborador, Xavier Zubiri —quien, sin embargo, en gran medida ha desarrollado una filosofía propia e independiente—, José Gaos, Julián Marías —que en años posteriores, se identificó entrañablemente con todos y cada uno de los pensamientos del gran maestro, sin perjuicio de haber producido muy valiosas aportaciones originales— y yo mismo.

No cabe duda, pues ello tiene evidencia de gran relieve, que José Gaos, especialmente desde su llegada a México, y sobre todo en los últimos veinte y tantos años, elaboró un pensamiento personal propio, del que es suma y compendio de gran calibre, su libro *De la filosofía* (1962)<sup>3</sup> y el contenido en su obra póstuma que será publicada en la colección “Diánoia”.

La efectividad de obra original de los cinco mencionados discípulos más inmediatos de José Ortega y Gasset, aparte y además de que responde a una realidad de pensamiento independiente de cada uno de ellos, se explica también por el tipo ejemplar de la relación entre maestro y discípulo, animada y estimulada por aquél, que fue el más grande y más eminente de todos los catedráticos españoles, quien era siempre respetuoso en grado superlativo de la individualidad de todos y cada uno de sus colaboradores. Pero había no solamente eso; había también algo más y de importancia pareja, si es que no de mayor tamaño: la acción de estimular a sus discípulos para que éstos meditasen, cada uno de ellos, por cuenta propia, y aprendiesen a sentir la responsabilidad de su propio pensamiento individual.

Claro es que tales modos de comportarse constituyen perentorios impe-

<sup>3</sup> Publicaciones de Diánoia, Fondo de Cultura Económica.

rativos para todo Maestro. E incluso cabe afirmar de modo terminante, que quien no respete con sumo cuidado el pensamiento personal de cada uno de sus discípulos y que no sepa estimularlos a que reflexionen por sí mismos está muy lejos de ser un auténtico Maestro. Quien no cumpla con esos dos requisitos podrá ser otras muchas cosas, tal vez alguna de ellas incluso valiosa, pero no será en manera alguna un genuino Maestro. Y no tan sólo no será un Maestro, sino que cometerá un horripilante desaguisado, merecedor de los más radicales reproches.

Quien concibe ser un genuino Maestro no cae jamás en la ocurrencia, a la vez grotesca y fatídica, de pretender que sus alumnos se conviertan en fonógrafos repetidores de sus enseñanzas, mejor dicho, de sus mal llamadas enseñanzas. No sería exagerado tachar de corruptores de sus alumnos a quienes intentan estrangular la espontaneidad del pensamiento de éste. Más que maestros debieran ser execrados como asesinos espirituales de quienes cayeron bajo su hechizo atroz. Pero no basta con respetar el pensamiento libre de los alumnos. Para adquirir la calidad de verdadero maestro es necesario, además, inspirar, aguijonear la mente de los alumnos, para que ella funcione por su propia cuenta de ellos.

A través de múltiples y muy variadas experiencias, he tenido la ocasión de conocer a algún tipo pintoresco, sedicente maestro, propugnador de lo que pudiéramos llamar una concepción castrense o bélica de la ciencia y de la filosofía, según la cual, hay un adversario al que se tiene el deber de derrotar. Esta contrahechura de la función universitaria imagina el trabajo intelectual en forma de una especie de litigio, sobre el cual debe recaer la sentencia de un tribunal o de un jurado que pronuncie su fallo con los caracteres definitivos de la cosa juzgada. Tras de lo cual, *san se acabó*: el derrotado en el campo de batalla o del torneo, debe quedar maltrecho e inutilizado desangrándose en él; o el vencido en una lid judicial, tiene que aguantar sobre sí todo el peso inexorable de la ley; mientras que el triunfador en aquél o en ésta, queda definitivamente afirmado en su posición y disfrutando las mieles de la victoria. Esos falsificadores del magisterio, y pervertidores de la filosofía no tienen discípulos, ni quieren tenerlos; pues a lo único que aspiran es a contar con partidarios que a modo de cotorras sin seso repitan lo que les imbuyeron.

Un maestro es tanto más grande y tanto más fecundo cuanto mayor es la variedad del pensamiento que supo estimular a sus discípulos; considera como discípulo, no al secuaz o repetidor, antes bien a aquella persona sobre cuyo espíritu ejerció algún estímulo.

José Ortega y Gasset fue un maestro en el sentido más noble, extenso e intenso de esta palabra, escrita con letra mayúscula: en sentido plenario. Fue mostrador de nuevos horizontes, sembrador de un sinnúmero de inquietudes, incitador de nuevos intereses intelectuales, alumbrador de potenciali-

dades latentes. Ahora bien, para lograr en tales funciones el éxito sumo que obtuvo, tenía que poner límites y freno a la seducción carismática que dimanaba de su persona, de su palabra y de su pluma. Sin que Ortega se lo propusiese jamás, había siempre el riesgo de que sus discípulos se sintieran irresistiblemente fascinados por el genio de su pensamiento y por la sugestión de su palabra perfecta, que a veces parecía suave licor.

Ortega tenía clara y aguda conciencia de ese riesgo; y para contrabalancearlo, ponía deliberado empeño en no interferir con las meditaciones desenvueltas por sus discípulos. Gaos y yo, independientemente el uno del otro, ambos tuvimos múltiples veces la experiencia de esa ejemplar actitud de Ortega. El discípulo, por íntimo y radical convencimiento, tomaba como punto de partida para una propia meditación o una nueva investigación, determinada idea aprendida de Ortega; al ir desarrollando su propio pensamiento, deseaba contrastarlo con el del maestro, preguntar a éste si las derivaciones propias a las que había llegado por su propia cuenta resultaban correctas desde el punto de vista de la inspiración recibida. En tales casos, Ortega se negaba decididamente a opinar, temiendo que él pudiese ejercer involuntariamente una acción avasalladora sobre el discípulo, y decía: "siga usted por propia cuenta, sin preocuparse de obtener mi visto bueno, sin sentirse cohibido por el temor de que llegue usted a discrepar frente a mí."

Pues bien, aparte y además del contenido orteguiano, mayor o menor, que tengan algunas de las producciones filosóficas de Gaos, éste, en su función magisterial de inconmensurable calibre, fue, en las relaciones con sus discípulos, maestro en un estilo similar al de Ortega. Gaos fue maestro de maestros. Son muchos los maestros, en el área de lengua española, que sinceramente se consideran discípulos de Gaos; no siempre ni precisamente porque hayan aceptado la filosofía de Gaos, sino porque recibieron de éste la inspiración para filosofar por sí mismos. La estructura de una escuela filosófica es no sólo lo diferente, sino lo diametralmente opuesto a la organización de un ejército. Mientras que en la vida castrense la disciplina rígida es imperativa, por el contrario, el pensamiento científico y el filosófico pueden desarrollarse sólo con un clima de libertad y en un ámbito de franquía. La estructura de una escuela filosófica debe responder a un propósito también diferente del que anima a una organización religiosa; pues ni en ciencia ni en filosofía nadie puede considerarse como poseedor de toda la verdad y de nada más que la verdad y juzgar a los demás, en la medida en que discrepen de la propia posición, como hundidos en las tinieblas del error o en la herejía.

Claro, desde luego, que sólo la mente individual es el único órgano pensante. Nadie ha visto nunca ni podrá ver jamás un grupo pensante. Pero el pensamiento, que es siempre ineluctablemente individual, se halla condi-

cionado y a la vez influido por factores sociales: por el pensamiento de personas del pretérito, por el pensamiento de los contemporáneos, por las incitaciones que se reciben de los demás. Así pues, es verdad, evidente, innegable, que sólo el individuo piensa; pero es también verdad que las mentes individuales están condicionadas o influidas por algunos componentes de la circunstancia social. En este sentido, se puede concebir la tarea filosófica, lo mismo que toda labor científica en general, como un gran proceso de colaboración: de colaboración entre todas las sucesivas generaciones de filósofos que han sido en la historia; y de colaboración entre los coetáneos; y, especialmente, entre maestros y discípulos, los cuales, unos y otros, en fin de cuentas, actúan como compañeros en una misma empresa. Nadie es el depositario de toda la verdad y de nada más que la verdad. Lo que suele acontecer es que en las meditaciones de todos y de cada uno de los pensadores andan mezclados los aciertos con las equivocaciones. Se ha dicho con notorio tino, y nada menos que por un Cardenal, por el Cardenal Mercier, en una oración inaugural del curso, en la Universidad de Lovaina, que "el error ama irresistiblemente a la verdad y que por eso suele casi siempre acompañarla." Esto no es una expresión de agnosticismo, ni de una actitud de eclecticismo barato. No se trata de eso; en modo alguno. Se trata tan sólo de reconocer la complicación y la dificultad de nuestra tarea de conocimiento filosófico; y, por tanto, de admitir que los esfuerzos de todos los pensadores, incluso de los que uno reputa más descarriados, aportan siempre algo, poco o mucho, al progreso de la meditación.

Es no sólo conveniente, sino también necesario que cada pensador mantenga un diálogo constante con los demás, al menos con aquellos que encuentra en el camino de su tarea. Pero entiéndase bien: diálogo y no disputa.

Hay que darse cuenta de que el diálogo o debate y la disputa son cosas no sólo distintas, sino de signo contrario. El diálogo es una colaboración entre quienes dialogan para lograr un fin que es común a ellos: el mejor hallazgo de la porción más grande posible de verdad. No importa que quienes participen en el diálogo se opongan en muchos aspectos; pero todos desean el mismo resultado, a saber: ayudarse recíprocamente de esta suerte para aclarar un tema. No importa que no lleguen a ponerse de acuerdo, pues, a pesar de que subsistan discrepancias, todos quedan beneficiados mediante la mutua confrontación de diferentes interpretaciones. Mas, para eso, es preciso que cada quien realice el esfuerzo de entender la posición del otro, de entenderla, aunque no llegue a ser convencido por ella. O, lo que es lo mismo, resulta necesario no encastillarse en la propia doctrina, hasta el punto de quedar absolutamente impermeabilizado para la comprensión de la ajena.

Una cosa enteramente diversa es la disputa: lucha, combate, pelea, entre adversarios, cada uno de los cuales se afana en derrotar al otro; y para ello,

en no confundirse ni siquiera sea transitoriamente, con el otro, en evitar toda contaminación de él; el negárselo todo. Pues, ¡a buena hora, si se trata de vencer, de derrotar al otro, va uno a concederle ninguna ventaja al enemigo!

Por eso se ha dicho, con razón, que un diálogo o debate es un mutuo intento de tender un puente entre dos opiniones diferentes; mientras que, por el contrario, una disputa es un abismo que se abre y se quiere ahondar entre dos actitudes.

Un auténtico maestro aprende mucho de sus maestros, también de sus colegas, y asimismo, en gran cantidad, de sus discípulos. Creo que quien no esté dispuesto a suscribir tal afirmación se encuentra muy lejos de ser de veras un Maestro. A mí me consta que José Gaos refrendaba este mismo aserto.

Y tal convicción rezuma múltiplemente en la obra de José Gaos. Es así, a pesar de su tendencia al solipsismo filosófico; y a su tesis de la "incomunicabilidad" de la filosofía, en la medida en que ésta entraña una dimensión de unicidad individual, o de singularidad intrasferible del propio punto de vista, del cual nadie puede escapar.

No es mi propósito en este artículo hacer un catálogo de las creaciones filosóficas de José Gaos. Por otra parte, en la obligada brevedad del presente ensayo no cabría tal inventario, ni siquiera en número mínimo de los ejemplos más representativos de la originalidad de Gaos. Paréceme, empero, oportuno comentar que incluso en las concepciones más personales de Gaos, como la de la individualidad de la filosofía, y, por tanto, incomunicabilidad de la filosofía de cada filósofo, puede advertirse la huella de un tema orteguiano: el del perspectivismo. Aunque Gaos lo llevó a unos últimos extremos, a los cuales Ortega y Gasset no habría asentido de ninguna manera.

En el prólogo a la edición de sus *Obras completas*,<sup>4</sup> Ortega insistió sobre la raíz central de su filosofía. "El hecho radical, el hecho de todos los hechos —esto es, aquél dentro del cual se dan todos los demás como detalles e ingredientes de él—, es la vida de cada cual. Toda otra realidad que no sea la de *mi vida* es una realidad secundaria, virtual, interior a mi, y que en ésta tiene su raíz o su hontanar. Ahora bien: mi vida consiste en que yo me encuentro forzado a existir en una circunstancia determinada. No hay vida en abstracto. Vivir es haber salido misionero de un contorno inexorable. Se vive aquí y ahora. La vida es, en este sentido, absoluta actualidad. Esta idea fundamental fue vista por mí y formulada cuando la filosofía europea, y especialmente la de mis maestros más inmediatos, sostenían lo contrario y se obstinaban en el tradicional idealismo que yo desenmascaré como utopismo, es decir, la existencia fuera de todo lugar y tiempo..." "En la medida en

<sup>4</sup> Véase: José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, tomo VI, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1947, pp. 344 ss.

que yo puedo ser anti-algo, yo he sido anti-intelectualista. A la hora de mi juventud imperaba en Europa un culto al intelecto que a mí me parecía idolátrico y de gran beatería. Pero es preciso reobrar contra el vicio opuesto, renovando la fe, no en el intelecto, que es un mero instrumento orgánico, sino en su empleo vital, en el pensamiento.”

Este tema orteguiano se refleja en Gaos, aunque tal vez con dimensiones exorbitadas. Pero, sólo hasta aquí; porque, a continuación, Ortega afirma “que es el pensamiento el señorío esencial del hombre sobre sí, y no la voluntad”. En cambio, Gaos propende a acentuar la dimensión de lo volitivo. Lo cual, por otra parte, tiene también una dimensión orteguiana, pues en la “metafísica según los principios de la razón vital” se hace patente que mi existencia consiste en estar constantemente decidiendo sobre sí misma, sobre lo que voy a hacer, o, lo que es igual, sobre lo que voy a ser.

Ortega y Gasset inició y epilogó su filosofía con el aserto de que “yo soy yo y mi circunstancia”.<sup>5</sup> Pero, además y aparte de que con éste descubrimiento, Ortega fue quien por vez primera cimentó y construyó en este siglo la filosofía de la vida o existencia humana —aunque ésta hubiese tenido algunos precedentes germinales a modo de barruntos—, hay que subrayar que Ortega amó delicuescentemente su propia circunstancia, experimentando con deleite no sólo los objetos de gran calibre en ella, sino también las cosas que pudiesen parecer más humildes o incluso triviales y estrujó de ellas la plenitud de su significado. Comentando, en las *Meditaciones del Quijote* la irradiante luminosidad de Rembrandt sobre un modesto utensilio de menaje, interpreta la intención del pintor como si éste nos dijera: “¡Santificadas sean las cosas! ¡Amadlas, amadlas! Cada cosa es un hada que reviste de miseria y vulgaridad sus tesoros interiores, y es una virgen que ha de ser enamorada para hacerse fecunda. —La ‘salvación’ no equivale a loa ni ditirambo; puede haber en ella fuertes censuras. Lo importante es que el tema sea puesto en relación inmediata con las corrientes elementales del espíritu... Una vez entretejido con ellas queda transfigurado, transustanciado, salvado.” “¡Las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor! Muy cerca, muy cerca de nosotros levantan sus tácitas fisonomías con un gesto de humildad y de anhelo, como menesterosas de que aceptemos su ofrenda y a la par avergonzadas por la simplicidad aparente de su donativo.”

Pues bien, Gaos entendió que el filósofo es el salvador no sólo del hombre, sino también el salvador de las cosas de su *circunstancia*. Y, así, entre otros ejemplos, recordemos los deliciosos ensayos que dedicó a la caricia y a la mano; y, tangencialmente, a la temperatura vital.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 1914. Véase: *Obras Completas*, tomo I, pp. 309-399, Ed. Revista de Occidente, 1946.

<sup>6</sup> José Gaos, 2 *exclusivas del hombre: la mano y el tiempo*, Universidad de Nuevo León, México, 1945.

En 1928 el gran escritor austríaco Egon Friedell,<sup>7</sup> el gran escenificador teatral de la historia de la cultura, escribía que todas las cosas tienen su filosofía; es más, que todas las cosas son filosofía. Todos los hombres, objetos y acontecimientos son corporeizaciones de un determinado pensamiento, de una característica intención. El espíritu humano tiene que indagar la idea que yace oculta bajo cada uno de los hechos. Suele suceder que tardamos mucho tiempo y nos cuesta gran esfuerzo descubrir el sentido de las cosas. Nada importa que las cosas sucedan. Lo que merece la pena es que adquiramos conciencia de lo que ellas significan para nosotros. "Desde milenios y milenios, el ser humano tuvo su cuerpo esbelto y proporcionado, su erecto y noble andar, sus ojos proyectados hacia el horizonte ilimitado: en la India y en el Perú, en Memphis y Persépolis; pero hermoso lo fue sólo a partir del momento en que el arte griego descubrió su belleza y la copió. Por eso nos parece como si sobre muchísimas cosas en el mundo se extendiese una característica melancolía: todas ellas son expresiones de algún profundo pensamiento de la Creación; pero no lo saben, y por eso están tristes. Y muchas veces pasamos nosotros a su vera, indiferentes y sin darnos cuenta de su sentido."

Este tema, aunque puesto en otra clave, aparece al comienzo de la *Ética* de Nikolai Hartmann, cuando éste comenta que muchas veces en la vida pasamos junto a cosas y situaciones, muy próximas a nosotros y al alcance de nuestra mano, pero sin advertirlas ni comprenderlas y, por lo tanto, sin captar el sentido que para nosotros puedan tener; y ocurre que, después de transcurrido un tiempo, retrospectivamente reparamos en el alcance y coyuntura que para nosotros pudieron representar en un momento pretérito, cuya oportunidad ya desapareció; y, entonces, sentimos una melancólica frustración mirando hacia aquello que pudo ser nuestro, pero que no fue nuestro.

Hasta ahora he señalado en la presente glosa algunas de las proyecciones de Ortega y Gasset sobre José Gaos: inspiraciones, estímulos, concordancias de estilo en la función magisterial, armonías y discordancias. Pero considero oportuno, es más, imperativo, señalar en cuanto al estilo de la exposición de la filosofía una diferencia, o mejor dicho, una diametral contrariedad de estilo oral y escrito entre Ortega y Gaos. Ortega puso siempre máximo empeño, con logrado éxito, en tratar todos los temas filosóficos, incluso los más difíciles, empleando el lenguaje más accesible, ora popular, ora literario, manejando con impresionante y brillantísima destreza imágenes y metáforas, para tratar las cuestiones filosóficas más arduas, lo mismo en la exposición de su propio pensamiento que en la explicación de los grandes clásicos. Por el contrario, Gaos explícita y enfáticamente, en cuanto al estilo de la filosofía,

<sup>7</sup> Egon Friedell, *Kulturgeschichte der Neuzeit: Die Krisis der europäischen Seele von der Schwarzen Pest bis zum Weltkrieg*, tomo I, Vierte bis sechste Auflage, C. B. Beck'ssche Verlagsbuchhandlung, München, 1928, pp. 3 ss.

“reivindica su derecho a una terminología y fraseología tan abstrusa y poco amena, si la juzga indispensable, como las de las ciencias, matemáticas, química, económica o la que sea”.<sup>8</sup>

Al fin y al cabo, en la historia de la filosofía encontramos esos dos estilos; el liso y llano —y fascinantemente literario—, por una parte, y, por otra, el estilo esotérico, accesible sólo a quienes fueron entrenados en él. Entre otros muchos, fueron representantes del primer estilo: Sócrates, Platón, San Agustín, Descartes (en el *Discurso del método*), William James, Bergson, Dewey, Unamuno, Ortega y Gasset, Antonio Caso, Karl Jaspers.

Por el contrario, los estilos esotéricos fueron preferidos por Aristóteles, Santo Tomás, Spinoza, Kant, Hegel, Heidegger y otros.

También Gaos mostró su predilección por el estilo esotérico. Ahora bien, esta observación debe ser acompañada por dos salvedades. Esta preferencia no impidió a Gaos proclamar terminantemente que “*Los motivos de Proteo, Del sentimiento trágico de la vida, Las meditaciones del Quijote, La existencia como economía, desinterés y caridad, son auténticas filosofías*” aunque su estilo no se parezca al de la *Metafísica* de Aristóteles, la *Ética* de Spinoza, la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, y la *Lógica* de Hegel.<sup>9</sup>

LUIS RECASÉNS SICHES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

<sup>8</sup> José Gaos, *De la filosofía*, Publicaciones de Diánoia, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 7.

<sup>9</sup> José Gaos, *Confesiones profesionales*, Tezontle, México, 1958, pp. 113 s.